

**PEÑA  
LABRA**

19

PLIEGOS DE POESIA

Núm. 19

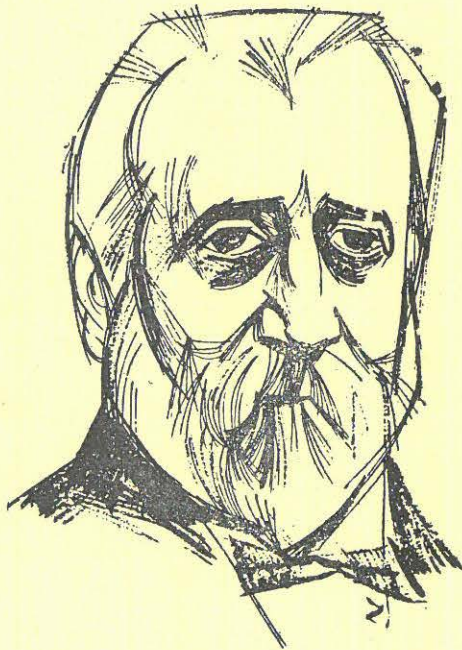
Primavera 1976

CONTIENE:

José García Nieto: <i>Sonetos y revelaciones de Madrid</i> ... ..	1
Carlos Murciano: <i>García Nieto, poeta total</i> ... ..	11

LUIS FELIPE VIVANCO:

Ricardo Gullón: <i>Un movimiento poético. Salvación de la poesía</i> ... ..	14
L. F. V.: <i>Carta para el hijo desde la realidad del mapa</i> ...	15
Luis Felipe Vivanco en Santander: <i>Selección poética</i> ... ..	16
Antonio Tovar: <i>Luis Felipe Vivanco</i> ... ..	19
Dibujos de Escassi y Zamorano.	
Encarte: Un poema de L. F. V.	



MARCELINO MENENDEZ PELAYO:

Menéndez Pelayo, dibujo de Zamorano ... ..	21
Benito Madariaga: <i>La iniciación poética de Menéndez Pelayo.</i>	22
José Hierro: <i>El poeta don Marcelino Menéndez Pelayo</i> ... ..	25
Ignacio Aguilera: <i>Autógrafos en verso de Menéndez Pelayo.</i>	28

ANTOLOGIA DE POETAS MONTAÑESES:

Marcelino Menéndez Pelayo: <i>La galerna del Sábado Santo.</i>	29
Encarte: Carta de don Juan Valera a Menéndez Pelayo.	
Víctor F.-Corugedo: Dos poemas del libro <i>Por última vez</i> ... ..	41
Carlos Antonio Rodríguez: <i>Selección poética</i> ... ..	42
Poesías de José Luis Hernández, Angel de la Hoz, Concha Rincón y Marta de la Hoz ... ..	44

Cubierta interior: Menéndez Pelayo, por Zamorano.  
Dos dibujos de Pancho Cossío.

EDITA: INSTITUCION CULTURAL DE CANTABRIA  
DE LA DIPUTACION PROVINCIAL DE SANTANDER.

DIRECTOR: AURELIO GARCIA CANTALAPIEDRA,

NUESTRO PROXIMO  
NUMERO ESTARA  
DEDICADO A  
  
JUAN RAMON JIMENEZ



Depósito legal: SA. 115.—1971.

Imprenta:

*Artes Gráficas Bedia,  
Africa, 5. Santander, 1976.*

Impresor:

*Gonzalo Bedia.*

*Condiciones de venta:*

ESPAÑA.

Número normal: 100 ptas.  
Número extra: 150 ptas.  
Números atrasados: 150 ptas.

EXTRANJERO.

(Envío por correo aéreo).  
Cualquier número: 5 dólares.

PRECIO: 100 PTAS.



MARCELINO MENENDEZ PELAYO

## LA INICIACION POETICA DE MARCELINO MENENDEZ PELAYO

En junio de 1871 concluía Marcelino Menéndez Pelayo sus estudios de Segunda Enseñanza en el Instituto de la calle Santa Clara, de su ciudad natal de Santander, e iniciaba en ese mismo año el primer curso de carrera en la Universidad de Barcelona. En esta fecha tiene lugar también el encuentro de dos novelistas, ya de reconocido prestigio en el panorama literario, José María de Pereda y Benito Pérez Galdós, en el vestíbulo de una fonda de la calle Atarazanas. El joven Menéndez Pelayo contaba entonces quince años de edad.

Para conocer la precocidad literaria de este estudiante, se precisa la consulta de sus trabajos escolares, que denotan ya una poderosa personalidad y componen, con otros escritos poéticos de su primera edad, la que se ha denominado obra menor del polígrafo santanderino. El análisis de estos trabajos demuestra la vitalidad instintiva del Menéndez Pelayo joven y polemista y la gran seguridad en sí mismo, así como la confianza que después demostraría en sus futuras empresas. Junto a esta enorme vitalidad sobresalen, como rasgos también de su carácter, su sentido de la ética y de la sociabilidad, mediante el diálogo y su búsqueda de los demás.

De esta época sólo se conocen los ejercicios escolares, ya publicados, su participación en un concurso histórico promovido por *La Abeja Montañesa* en 1868 y la iniciación del catálogo de sus primeras adquisiciones de libros también en ese año. Ya antes de terminar la Segunda Enseñanza, comienza a escribir y traducir poesía. Una de sus primeras obras poéticas, que estuvo a punto de publicarse entonces, fue el poema épico en octavas reales titulado *D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja*. Pese a las gestiones que se hicieron, precisamente con Pérez Galdós, para darlo a conocer, no fue posible y después el propio autor prohibió, como se sabe, su reproducción. *Comenzóse este poema* —escribió en el autógrafo— *a 15 días del mes de mayo de 1871 en Santander*. Con él anunciaba diferentes poesías suyas y la traducción de poemas de Ovidio y Virgilio.

Adviértase cómo la que Marcelino Menéndez Pelayo tituló entonces de forma autógrafa *Primera edición con notas* de sus obras juveniles, se inicia en verso, y en este género daría también sus primeros pasos con traducciones del latín y griego. Años más tarde, al resumir su vida en una nota autobiográfica remitida a *Clarín*, en septiembre de 1893, señalaría como decisivo en su formación el haber tenido en sus estudios de Segunda Enseñanza un buen profesor de latín, humanista de verdad. Era éste don Francisco María Ganuza, catedrático de Latín y Castellano en el Instituto de Santander, profesor oficial y particular de don Marcelino y gran amigo de la familia.

El griego lo estudió en Barcelona y, sobre todo, en Madrid, con Lázaro Bardón, quien le hizo familiarizarse con la gramática griega. El italiano, dice Sánchez Reyes que lo aprendió sin maestro, y el inglés, con el ingeniero británico J. Ansell, nacido en Bilbao y profesor del Insti-

tuto Cántabro de Santander desde 1850 a 1860. El alemán fue el idioma que dominó más tardíamente.

En abril de 1873 escribe el trabajo «Cervantes considerado como poeta», que leyó el 28 de dicho mes en el Ateneo de Barcelona. Este primer estudio, basado preferentemente en la crítica de *La Numancia*, fue publicado en 1874 y reimpresso posteriormente.

Dos años más tarde envía a la *Revista Europea* (1875) su artículo «Noticias para la historia de nuestra métrica», escrito durante su veraneo en Santander.

El joven Menéndez Pelayo comienza sus entrenamientos poéticos con traducciones de latín y griego, realizadas en gran parte entre 1875 y 1876. Estas traducciones, así como otras del francés, italiano, catalán y portugués, tenían el acierto de ser una inteligente versión española, que él interpretaba y repetía, a veces, en múltiples variantes.

Sánchez Reyes dice que Menéndez Pelayo nació poeta. *Helenista y latinista aventajadísimo*, le llama el marqués de Valmar, quien, al poner de relieve en su carta-prólogo a don Juan Valera la identificación del erudito montañés con los clásicos, se refería de paso a cómo hacía éste *gala de su paganismo literario y artístico*. Sin embargo, no le faltaron a Menéndez Pelayo en esta ocasión, como en otras, impugnadores dispuestos a rebatir aspectos de su obra. Recuerdo, por ejemplo, una carta abierta, impresa y poco conocida, firmada con un pseudónimo, existente en el Archivo Histórico Provincial de Santander (1890), en la que el anónimo destructor puntualiza ciertos detalles de la *Historia de los Heterodoxos*, discutiendo algunas aseveraciones de don Marcelino y las traducciones de algunos textos. El escrito, de escaso interés por ser indudablemente de un resentido, al parecer personal culta, lo citamos únicamente como índice de los ataques que sufrió don Marcelino, cuya obra poética tuvo desde críticos laudatorios, hasta los eclécticos y detractores de sus poemas. Este fue el caso del leonés Antonio Valbuena, quien, en *Ripios académicos* (1890), se refirió a la poesía del montañés, a la que ridiculizó con más ironía que crítica objetiva, para lo que eligió algunos ejemplos en los que aludía a *sus ridículas aficiones paganas* o se metía con las notas que ponía don Marcelino en sus poesías, terminando por reconocer que era un buen prosista, pero un mal poeta. El carácter humorista del escrito debió molestar al erudito montañés, al que atribuye Valbuena esta frase de réplica contra él: *No escribiré la historia de la sátira en España, por no nombrarle, y se fastidiará porque yo dejaré treinta volúmenes y él dejará cuatro libelos...*

Por la correspondencia cruzada entre Laverde y Menéndez Pelayo, sabemos que don Marcelino le pedía opinión sobre las traducciones que iba haciendo. Así, le dice éste en carta escrita el 10 de enero de 1875: *Ya que usted acogió con tan excesiva indulgencia la traducción de la Primera elegía, de Tibulo, le remito con ésta una imitación, que hice, ha pocos días, del Himno a Grecia, que se lee en el Don Juan, de lord Byron. Como usted verá, aunque*

parece que está hecha en sáficos, hay muchos que no lo son. Pienso corregirla en este punto, así como procuraré allanar lo mejor posible sus muchas escabrosidades y no pocos defectos. En carta de contestación del 14 del mismo mes, Laverde le envía algunas enmiendas a la última poesía traducida, y así ocurre con otras muchas, sobre las que intercambian opiniones. Es también Laverde uno de los primeros en animarle a publicar en un tomo las versiones que venía haciendo.

En agosto de 1874 tiene lugar una de sus primeras actuaciones públicas en Santander, que recogió *El Aviso* con una gacetilla aludiendo a la función dramática celebrada en honor del poeta Luis Eguílaz, en la que dice que leyó una composición el *inspirado joven don Marcelino Menéndez Pelayo, escrita en verso de arte mayor y llena de bellísimos pensamientos. El público —sigue diciendo— colmó de aplausos al joven autor.*

Dos años más tarde, el mismo periódico publica la noticia de haber sido agraciado *nuestro ilustre paisano y querido amigo* con la distinción de individuo de la Academia Heráldico-Genealógica italiana de Pisa. Resulta curioso cómo, al realizar después don Marcelino la relación de méritos y servicios para la oposición a la cátedra de Literatura, en 1878, no se refiere para nada, por considerarla insuficiente, a su obra poética, aunque incluye otros trabajos en preparación inéditos, y tampoco alude al diploma de Individuo de la Academia de Pisa, para subrayar únicamente que es Individuo Correspondiente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

Merece una mención aparte la poesía amorosa que cultivó en sus años mozos don Marcelino. Su primer amor, posiblemente platónico, al que llama *símbolo elegido*, fue una vecina suya, Isabel Martínez, hija del impresor Martínez, a la que conoció en 1872 y a la que canta con el pseudónimo de Belisa, sacado del anagrama de su nombre, *hija, cual yo, de la Cantabria fuerte*. Pero este amor no pasó de un discreto flirteo, aunque don Marcelino anduvo loco tras su vecina, *la triste maga de los montes míos, / la de cerúleos, penetrantes ojos, / me atrajo en el arullo de la brisa.*

A ella están dedicados los poemas *A Epicaris*, fechado uno en Barcelona en 1873 y otros dos en Santander en 1874 y seis más que encabeza con las siglas A. I. M., compuestos entre 1874 y 1876. *Ella cantó* —diría más tarde en otro poema— *mis solitarias horas de escolar vagabundo.*

Su segundo amor, constituido en noviazgo, es su prima Conchita Pintado Llorca, una gaditana simpática y salerosa, *hermosa cuando ríe, / hermosa cuando canta*. En efecto, era su prima Concha una joven alegre, aficionada a la interpretación de canciones populares, zarzuela y ópera, con las que actuó en público en más de una ocasión.

A ella dedicó su primo *Estudios poéticos*, donde figuran dos poemas fechados en 1878, año en que debió conocerla: «En el abanico de mi prima» y «A C...».

Según Sánchez Reyes, en uno de los poemas inéditos, «A Epicaris», que estaba destinado a Isabel Martínez, al cambiar de amor don Marcelino, modifica el primer verso, que decía: *Soñé, Belisa, en la ideal belleza*, por *Soñé, mi amada, en la ideal belleza*.

Don Marcelino conoce a su prima en Sevilla, y la acompañó en Santander durante algún tiempo. Pero no fue, por lo visto, muy constante en su amor, ya que al año siguiente rompe con ella, tal como lo refiere Fernando Fernández de Velasco en una carta, dirigida a su erudito paisano. Con motivo del traslado de la familia de su prima a Madrid, los dos enamorados se vieron con frecuencia, pero parece que el noviazgo no fraguó, en parte, debido a la intervención de la madre de la prometida.

Concha Espina escribió, sin pretensiones biográficas, *Una novela de amor* (1953), en la que reconstruye, basándose en algunos documentos, la historia novelada de este amor familiar. En la obra se reproduce una de las cartas del joven Marcelino, fechada en Santander en septiembre de 1878, en la que reconoce su apasionado noviazgo: *Todos saben aquí que tengo una novia ausente y que la adoro*. Se cuenta que el joven Marcelino le ofrecía siempre que estaba con ella un ramo de heliotropos.

En abril de 1880 escribe la canción titulada *Sus ojos*, dedicada al recuerdo de *la voz primera que el amor declara*.

En ese mismo año aparece un nuevo amor, al que enmascara con el pseudónimo de Lidia, y a la que destina dos poemas: «A Lidia» y «Remember». Lidia fue, como las anteriores, una mujer de gran belleza, perteneciente a una familia ilustre y erudita, pero dotada de un temperamento un tanto coqueto y desdénoso: *Y ni el recio huracán de tus desdenes / podrá abatir el generoso tronco / de esta pasión que crece y se agiganta.*

Por estos años don Marcelino lleva una vida de sociedad muy intensa y agitada, referida en una carta de doña Emilia Pardo Bazán, momento en que conoce a numerosas mujeres del mundo intelectual y social madrileño. Antón del Olmet y G. Carrafa (1913) aluden a las condiciones personales del santanderino, que le daban cierto atractivo entre las mujeres. La opinión popular le atribuyó *conquistas no despreciables* y se sabe que mantenía correspondencia con admiradoras extranjeras a las que resolvía sus consultas bibliográficas. Según nos cuenta su primer biógrafo, Bonilla San Martín, *cuando joven, no le disgustó, sin embargo, la sociedad: frecuentaba los bailes de la condesa de Villalobos, madre del actual marqués de Cerralbo, asistía a las tertulias de Fernández-Guerra, del marqués de Valmar y del marqués de Heredia, comía y almorzaba en diversas casas (entre ellas en el palacio de la duquesa de Alba y en casa de la marquesa de Viluma)*. Su hermano Enrique refiere también los numerosos compromisos de la vida de sociedad que tenía en Madrid y su asistencia a bailes y saraos. Aquella vida madrileña de don Marcelino, un tanto bohemia y ajena a sus intereses intelectuales, desagradó a Pereda, quien le llama la atención, tal como lo referiría en julio de 1880 en una carta a Gumersindo Laverde. Tras relatarle a éste las incidencias de los numerosos compromisos de Menéndez Pelayo, le escribe: *Tal es su vida ordinaria en Madrid. Asombrado yo de conocerla, tuve con él una larga conferencia sobre el particular, y hasta llegué a ponerme serio, hablándole sin miramientos ni contemplaciones. Recibió el sermón con toda la apetecible docilidad, pero sin el menor vislumbre de arrepentimiento. Dice que es desordenado por naturaleza, y sobre todo que «eso hace Valera», a quien por las trazas ha tomado por modelo*. En efecto, Valera, a quien eligió como ejemplo de relaciones sociales, defendió poco después, creemos que con razón, el derecho que tenía un hombre joven, como Marcelino Menéndez Pelayo, a gozar de la vida y divertirse, sin abandonar por ello su constante dedicación intelectual. Así le escribe Valera en carta al excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, prologuista de los *Estudios poéticos* del santanderino: *El señor Menéndez es un mozo de veintidós a veintitrés años, muy estudioso y aplicado, con más trato de libros que de mujeres, y con más afición al estudio que a los deportes; mas no por eso deja de ser joven, deja de ser artista y poeta, y deja de amar la hermosura de este universo visible, del cual es compendio y bellísimo resumen la criatura humana, con su alma y con su cuerpo, tal como Dios lo ha formado.*

Como era de suponer, los amores del montañés con Lidia no fueron muy prolongados, dado su carácter tan diferente al de Menéndez Pelayo, y en 1881 es abandonado por la voluble joven. A ello se refiere entristecido y molesto don Marcelino cuando le escribe el 20 de septiembre de 1881 a Valera: *Estoy muy malhumorado y ¿por qué no he de confesar a usted la causa? Lidia, conforme a la inconstancia de su natural condición, acabó por cansarse de mí (ya hace meses) y después de mil embrollos y farándulas, me dejó a todo punto, para irse con otro o con otros. Yo que había cometido la sandez de enamorarme perdídamente de ella, hice los imposibles por retenerla. Con esto, nos fuimos agriando: díjele cosas durísimas, aunque merecidas, y de todo ello resultó el quedar reñidos (pienso que para siempre), y reñido yo también con todos los de su casa...*

En su larga composición «Diffugere nives...», una de las mejores a gusto de Bonilla, escrita en abril de 1881, alude a su lucha contra *la inconstancia femenil*, motivo de sus pesares de amante enamorado.

Suponemos que el poema amoroso «A Aglaya» (Aglæ fue una de las tres *Gracias*), escrito en enero de 1882, está destinado también al recuerdo de la cicatriz que le dejó Lidia. Amor amargo que resurge, con moraleja, en «El pájaro de Aglaya», escrito en 1887.

Este hombre, precoz en todo, lo fue también en su proceso biológico. Todavía joven, su soltería y abandono le llevarían a una prematura senectud. Por una carta de Unamuno a Pedro Mugica, sabemos que a los 39 años estaba hecho una ruina, avejentado y con un gran descuido de su persona.

El tercer aspecto de la contribución poética de Menéndez Pelayo estuvo dedicado a los temas de su tierra nativa y de sus amigos montañeses. Nada de extraña tiene esta elección en quien fue un enamorado de Santander, presto a cambiar cualquier panorama por los aires de su ciudad, donde muchas veces pensó retirarse para dedicarse únicamente al estudio en su Biblioteca. Así lo expresó en su testamento al legar todos los libros y el edificio al excelentísimo Ayuntamiento *por gratitud a la ciudad de Santander, mi patria, de la que he recibido durante toda mi vida tantas muestras de estimación y cariño.*

En este grupo puede incluirse «Carta a mis amigos de Santander», escrita con motivo de haberle éstos regalado la Biblioteca Graeca de Fermín Didot.

En este mismo sentido se encuentra «La galerna del Sábado de Gloria», una de sus mejores poesías, según los críticos, y que todavía tiene resonancias entrañables en los oídos montañeses. Más de 107 pescadores perecieron en Santander aquel 20 de abril de 1878, tragedia cuyos pormenores y proyección literaria ha estudiado Ignacio Aguilera con el título de «Rastro literario de una tragedia marinera».

A sus amigos montañeses dedicó algunas composiciones: «Los siete de Tebas», a la memoria de Amós de Escalante, y a Ganuza, la traducción de la Egloga VIII de Virgilio,

titulada «La Hechicera». Para la mujer de su amigo Pereda compuso unos versos en el abanico, tal como era costumbre de la época.

En esta misma línea de aprecio, estudió a los poetas montañeses desde Rodrigo de Reinosa, Antonio Fernández Palazuelos y Evaristo Silió hasta Amós de Escalante.

La valoración poética de Menéndez Pelayo se nos ocurre que está pendiente de una certera revisión, y tal vez su numerosa producción escrita y el hecho de tener una obra en prosa destacada hayan sido los motivos de la escasa mención que se hace de él en las antologías poéticas españolas. Es curioso cómo los primeros en fijarse en esta aptitud del escritor santanderino fueron extranjeros. El propio Menéndez Pelayo, en carta dirigida a Unamuno en 1902, con motivo de seleccionar aquellos escritos que debían figurar en una Antología de G. Arturo Frontini, de Catania, al referirse a su obra poética, nos dejó el índice de su estima personal expresada humildemente en estos términos: *Si de versos se trata, pudiera ponerse alguna composición amorosa (con preferencia la titulada «Nueva primavera»), o bien la «Elegía a la muerte de un amigo», o la «Epístola a Horacio».*

En la actualidad, los críticos coinciden en señalar la profunda vinculación de su poesía con los clásicos antiguos, y así, Dámaso Alonso (1956) dice de la «Epístola a Horacio» que es modelo de afirmaciones clasicistas. Valbuena Prat (1957) se refiere igualmente a su horacionismo y a su *exceso de clasicismo*. Díez Echarri y José María Roca (1966), si bien le conceden un gran crédito como poeta, señalan como defecto *la interferencia casi continua del erudito en la zona del poeta*. Por su parte, el historiador de la poesía montañesa, Miguel Angel de Argumosa (1964), opina que don Marcelino tuvo mayor acierto como traductor que como poeta original. José María de Cossío (1947) atribuye a su poesía un *indudable arranque romántico*, dotado, sin embargo, de cierto *énfasis retórico*. Finalmente, Torrente Ballester (1965) insiste en el carácter de poesía histórica y en la idea erudita que tenía acerca de la producción poética. En definitiva, resalta la poesía de Menéndez Pelayo por su imitación del mundo de los clásicos, que conocía perfectamente y en el que se inició poéticamente mediante traducciones, y que impregna toda su obra por demasía, incluso cuando tiene un carácter espontáneo y amoroso. Su elaboración le aparta de la poesía tradicional española y le muestra como un poeta intelectual, de belleza sensible y fría, como los monumentos antiguos, poesía apartada cada vez más del gusto popular que llevó a la mayor consideración a Rosalía de Castro y a Bécquer, a los que el crítico y erudito montañés o ignoró o no supo captar en su verdadero alcance poético. De aquí que la poesía de don Marcelino tenga un carácter restringido, y aparte de constituir una muestra de su sensibilidad, debe considerarse como un interesante complemento de su otra producción creativa original.

Benito MADARIAGA DE LA CAMPA

